



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

CONTEBRAS
—
MONUMENTOS
—
ÁRABES

C. Museo Nacional de Historia y Geografía
CONSERVACIÓN DE CULTURA

A-2
2
2

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est. A-2

Tabl. 2

N.º 2



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



MONUMENTOS ÁRABES

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

R 279

ESTUDIO DESCRIPTIVO

DE LOS MONUMENTOS ÁRABES DE

GRANADA, SEVILLA Y CÓRDOBA,

Ó SEA

LA ALHAMBRA, EL ALCÁZAR

Y LA GRAN MEZQUITA DE OCCIDENTE,

POR

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
RAFAEL CONTRERAS,
CONSEJERIA DE CULTURA

RESTAURADOR DE LA ALHAMBRA, ACADÉMICO É INDIVIDUO DE LA COMISION DE MONUMENTOS.

JUNTA DE ANDALUCIA

Donativo del Sr. Conde de
Linares á la Biblioteca
de la Alhambra. 1909

SEGUNDA EDICION

CON GRABADOS Y PLANOS.

MÁDRID.

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE A. RODERO,

Plaza de San Gregorio, núm. 24.

1878.



JUNTA DE ANDALUCÍA

Esta obra es propiedad de su autor.

B.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

ADVERTENCIA

Despues de habernos ocupado durante veintisiete años de restaurar los singulares arabescos de la Alhambra, de revelar inscripciones perdidas, y de restablecer el monumento que se hallaba casi hundido, al estado característico de su notable antigüedad, pensamos reasumir en un pequeño libro el fruto de nuestras investigaciones y descubrimientos, bajo forma más artística que la usada por los que nos precedieron en descripciones de indole semejante.

Quisimos tambien acompañar á nuestro trabajo, las noticias históricas que sirven para embellecer siempre las artísticas lucubraciones; pero son tantas y en tan copioso número las que se han hallado, especialmente de los autores árabes, que para no hacer este libro demasiado largo y tal vez confuso, resolvimos publicarlas en tomo separado, y utilizar en éste tan solo aquello que podia dar á conocer mejor los monumentos y sus pequeñas ilustraciones; habiendo tenido el disgusto de ver algunas de estas reproducidas sin nuestro consentimiento, en otras obras que se han impreso y publicado.

Puede ser que en algunos casos encuadernemos con esta edicion apéndices muy breves que traten de los monumentos cristianos y aún de otros más antiguos, para que sirva á los viajeros de guia descriptiva; pero en este caso, conviene advertir, que nuestro principal intento fué siempre hacer la comparacion de las obras árabes, relativas al más importante período de la dominacion agarena en esta parte de la Península y dejar el estudio de las obras cristianas y paganas, quizá ménos interesantes entre nosotros, para ocasion más competente,

Concluiremos haciendo una indicacion sobre la dificultad que ofrece ocuparse de objetos con apelativos árabes , y fijar á estos nombres la más adecuada trascripcion al castellano ; pues hemos hallado áun en autores de nota , tales divergencias ortográficas , que se hacia imposible en un mismo significado con distintas ó parecidas palabras , fijar el valor de las letras arábicas , cambiado segun la procedencia árabe , mu- dejar , ó extranjera de la traduccion , sin que la tradicional costumbre de nuestros cronistas y poetas pudiera darnos una clave segura , que ellos ciertamente no usaron en absoluto. Resultando de aquí que mu- chas palabras han sido escritas en dos ó más formas , segun la proce- dencia de la cita , tiempo de su insercion ó idioma á que fueron tradu- cidas , lo cual podremos ir remediando en nuevos estudios y ediciones sucesivas.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



DEL ARTE EN ESPAÑA.

INTRODUCCION.

I

Dijo Buckle (1), que la más interesante crónica de todas las naciones cultas, y la que no debe olvidarse jamás, es la del pueblo español. Con efecto, grande y poderoso era éste, cuando el resto del mundo se ardia en guerras feudales y religiosas. Libre, y con instituciones representativas durante el revuelto período de las ambiciones dinásticas, en nuestra pátria se han ensayado las leyes más justicieras é igualitarias, se han llevado á cabo las más lejanas y venturosas conquistas, y se han adelantado pasmosos descubrimientos, que no han podido borrar desastres espantosos y fatales preocupaciones.

Conserva nuestro suelo las raíces secas y quebrantadas de los múltiples trabajos de la humanidad en todos los tiempos y civilizaciones; y las diversas razas que lo poblaron, han impreso el sello de sus obras en las cien generaciones que se han mezclado y comprimido durante treinta siglos, con caracteres tan distintos, que todavía existe en nuestras provincias por un lado el espíritu aventurero y nómada de

(1) *Histoire de la Civilization Anglaise,*

los primeros colonizadores, por otro la altiva independencia de los ilustrados mercaderes griegos y africanos, y en todas partes el dulce y tranquilo genio de las artes. Por el centro pastores y honderos independientes ponian límite á las conquistas; en el norte la rudeza indómita de los que habitaban los bosques celtíberos helada por la brisa de sus angulosas montañas; constantemente la fiereza, la pasion y el heroismo, mezclados á esa pasmosa debilidad que dió tan inmensa victoria á los agarenos para abatir las costumbres y leyes, que habia creado el palo y el hierro de los procónsules y de los conquistadores bárbaros.

Así, pues, entre nosotros se han iniciado todas las civilizaciones hasta el principio de su desarrollo, en el que parece que una atmósfera asfixiante las ha secado y empobrecido viniendo siempre en pos del primer albor de la paz y de la dicha, el huracan de la destruccion y del aniquilamiento. La tradicion, presentada entre nosotros siempre en un torbellino de pasiones y de sufrimientos, no ha sido respetada ni ha podido transmitirse como ancha base de las instituciones modernas para labrar nuestro porvenir, y hemos podido olvidar el carácter que imprimió la historia de la reconquista al plantear la regeneracion moderna.

Hegel nos ha asegurado, á la vista de esas grandes transformaciones que experimentan los pueblos, que la inteligencia, el carácter, la pasion y la cultura se han reflejado siempre en las obras que dejaron labradas con sus manos ú ordenadas por su entendimiento. ¿A dónde ir, pues, para estudiar la historia mas que á los eternos ó casi imperecederos frutos de las civilizaciones antiguas? El arte ideal que vino despues del clásico y del simbólico tan hermosamente representado en la Península, nos ofrece ese constante genio que animó todas las empresas españolas, aquí donde la religion ha sido venerada, la ley inexorable, el espíritu intransigente, el culto irreflexivo, y donde se ha batallado durante ocho siglos sin más tregua que la necesaria para vigilar con astucia el costado vulnerable del enemigo. Nunca

se ha roto el hilo de esta tradicion caballeresca que nos ha dado un calificativo propio en el resto del mundo; y sin interrumpirlo es como acaso podríamos desarrollar nuestra antigua grandeza, encadenando aquel constante modo de ser, con los adelantos de las ciencias, con los intereses modernos y con ese espíritu de los pueblos que pasaron, Iberos, Godos y Árabes, que flota todavía en una atmósfera de huracanes y de convulsiones.

Y en esta tierra clásica del sentimiento, donde parece que todo ha muerto, dejando el suelo sembrado de preciosas ruinas que los hombres no se cuidaron de contemplar, se conserva todavía el odio de raza ó espíritu vengador que destruye las respetables obras de la antigüedad, y que á cada agitacion derrumba y aniquila todo con el ardimiento y barbarie de la desgracia y de la impotencia, sin cuidarse ni sentir el destino social del arte en los tiempos venideros y en las realidades que se presagian.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Conocidas son las obras de la civilizacion romana, y los vestigios que está dejó en la Península ibérica. No es, por tanto, nuestro propósito hacer aquí un estudio comparativo de esas magníficas obras, cuyos detalles se pueden estudiar mejor en otras comarcas del mundo antiguo. Su influencia entre nosotros nunca fué absoluta, y las grandes construcciones que sintetizaban el período romano, más bien habian degenerado en nuestro suelo por la influencia indígena, que crecido bajo el amparo de una absoluta dominacion. Dificil es demostrar el carácter de nuestro pueblo en los primeros siglos del cristianismo, si no asimilamos sus costumbres y sus leyes á las de los colonizadores; una densa oscuridad lo hace impenetrable todavía á todo género de investigaciones históricas.

Por más que miremos con sorpresa las artes romanas de la Península, nunca inspirarian el afan de estudiarlas abs-

trayéndonos de la universalidad de las obras que levantó aquel poderoso pueblo. Con ellas desapareció el genio peculiar de los pueblos invadidos, y no podemos hallar durante ocho siglos testimonios bien caracterizados de la raza sometida. Fragmentos griegos de una degeneración marcadísima, instrumentos de labranza y armas, que se diferencian poco de las que se ven hoy de cobre y hierro en la costa oriental de África, inscripciones interrumpidas ó piedras aisladas con signos de carácter céltico ó hebraico, grandes vías legionarias; pero ningún dato que nos guíe desde estos descubrimientos á los muchos pueblos y monumentos que existían ignorados por la incuria ó indiferencia de los próconsules. No habrá quien se atreva á sostener que merezca una apreciación seria lo poco que conocemos de la civilización y de las bellas artes greco-romanas, manejadas por los artistas españoles, y bajo la influencia de nuestra antigua cultura en los tiempos llamados siempre heroicos. La decadencia fué siempre constante, y más todavía cuando vino el influjo de aquellas inmigraciones en los primeros siglos, que huyendo de Europa ante Suevos, Vándalos y Alanos, invadían el territorio y se mezclaban casi totalmente con los primitivos habitantes. El arte degeneró sensiblemente al caer en poder de errantes hordas que se cubrían el cuerpo de tejidos groseros y hacían sus habitaciones con las ramas de los árboles; y si bien poco á poco tomaron de los Romanos el lujo y costumbres fué para empequeñecerlas y amenguarlas, notándose cuánto sus groseras obras carecían de belleza y privaban al arte de esas esbeltas, sencillas y clásicas formas, que con encanto poseen los monumentos labrados en Roma y Grecia ó en las colonias y municipios de allende el Pirineo.

Aunque citáramos los acueductos, puentes, circos, termas, caminos, urnas, miliarios, estatuas, vasos y joyas que se hallan en nuestro suelo á cada paso, el arte en España no fué el romano, ni el griego; uno y otro no se manifiestan más que como elementos de una civilización que transita y

deja huellas en el granito, en los metales y en el mármol; otros tiempos y otras civilizaciones alcanzaron mayor éxito, sin llevar el signo cruel de la decadencia, y ellos son los que merecen fijar la razón de la historia y la filosofía del arte.

Cayó el imperio romano y quedaron sus leyes y costumbres sólo en las populosas ciudades que embellecieron: lejos de estas, y apartadas de las vías imperiales, otras costumbres y hasta otros cultos se alimentaban en silencio. Vinieron los visigodos y se establecieron en sus palacios, en sus andrónitos y en sus peristilos, y la religión que aceptaron sin profundas convicciones, sostenida por misioneros que continuamente se contradecían, é impotente entónces como lazo social inquebrantable, no destruyó completamente el ara de los sacrificios ni las estatuas de los dioses paganos. Fraccionados los cristianos por herejías profundísimas, fué imposible una vigorosa propaganda; y relajado el estado moral antiguo, el arte no pudo hacer más que expresar el influjo de tantas opiniones contradictorias como agitaban á la cristiandad en los primeros siglos de transformaciones y esperanzas.

Si Clodoveo, único monarca que en el siglo v profesaba de lleno las creencias católicas, no hubiera sostenido contra los pueblos visigodos la primera guerra religiosa que contempló la España, tal vez habria sido más difícil á los Mahometanos llevar á cabo su pasmosa conquista; pero ocupado desde aquella lucha en el establecimiento del catolicismo, como religión nueva, el pueblo gótico que venia sufriendo intolerables persecuciones á través de siglo y medio de dominación, no opuso el valor heroico de convicciones arraigadas, y sucumbió, quizá de buen grado, por acogerse á la tolerancia de los nuevos señores. De tal época de duda y desconcierto los monumentos de arte son raros y sin importancia, no expresan más que la transición tumultuosa, y carecen por aquel efecto de verdadero carácter nacional y de perfección greco-romana.

La arquitectura latina creció con una mezcla bizarra de fragmentos antiguos, que no porque fueran abundantes la dotaban de belleza y la elevaban entre nosotros al esplendor que alcanzó en las Galias y en Italia. Hileras de columnas desiguales, colocadas las unas sobre las otras, no coronando las cornisas á los edificios sino ribeteándolos, los arcos sin archivoltas, los intercolumnios sin arquivoltas, y una multitud de chocarrerías bárbaras ornaban las estrechas basílicas de aquel tiempo.

No es, por tanto, ese período de transición para nuestro país el que nos pudiera dejar un arte, á él que, desarrollado á más ó ménos altura, le hubiéramos otorgado carta de naturaleza. La época goda con sus rotondas, sus baptisterios, sus cruceros, enclaustrados y criptas, no hizo nada en nuestro suelo que pudiéramos asimilarlos como arte nacional. Es preciso para esto venir al siglo VIII, cuando desaparece la sociedad cristiana y huyen nuestros soldados ante el brillo de las cimitarras, porque la patria gobernada teocráticamente no tiene valor cívico que oponer á los invasores. No era el tiempo, y así lo comprenderían aquellos santos varones, de salir seguidos del coro, y precedidos de los ciriales y mangas á las puertas de las poblaciones, para pedir á los nuevos Hunos que se retiraran á sus bosques ó á las ardientes arenas de la Libia. Estos invasores tenían la conciencia de una predestinación infalible, y no podían temer otra emboscada tan sangrienta como la sufrida por aquellos en las Galias.

De la tribu de Koreisch había de caer sobre Europa tan formidable enemigo, que á su presencia huirían las tradiciones no extinguidas del paganismo, y los pueblos cristianos se estrecharían espantados para cerrarles el paso. Los poderosos descendientes del Profeta estaban llamados á abrir en nuestro suelo un surco que no pudieran borrar los trabajos de cien generaciones. Desde muy antiguo componían el pueblo árabe corsarios del desierto, que en caravanas hacían el riquísimo comercio desde los puertos donde descargaban los bajeles de la India á las ciudades interiores

de la Siria, Persia y Judea. Estos pueblos conocian perfectamente las costas y territorios del África septentrional, eran los comerciantes que llenaban los mercados romanos de las riquezas de Oriente, los que habian venido en todos los tiempos á Cartago y á las Baleares, no se extrañaban de la civilizacion occidental, y podian llegar hasta los Pirineos, conocedores por relatos de toda la extension de la Península: sabian que se explotaba en España la plata, el azogue, el plomo y cobre en abundancia, y que competian sus criaderos con las minas de Sofala. Antes de la invasion, comerciaban en nuestras costas, nos traian porcelanas de la China y gomas de Malabar, y llegó despues á tal punto su sed invasora y comercial, que hasta visitaron las Maldivas y las Molucas, y más tarde se pusieron los primeros en camino, con los Portugueses, para hacer inmensos descubrimientos que cambiaron la faz y las esperanzas de Europa. No ha habido en el mundo raza que extendiera sus correrías en más dilatados espacios, ni religion, que como la de Mahoma, hiciera más prosélitos en ménos tiempo. Ellos se aposentaron tranquilamente en las tres partes del mundo entónces conocido. «¡Esclavos ó islamitas!» gritaban á los pueblos cuando llegaban á sus puertas. El antropomorfismo, la idolatría, el culto de los astros, el budhismo, el cristianismo, en fin, hubieran sucumbido si no se levanta el centro de la Europa para contener sus conquistas, que parecian interminables. Quizá el peligro comun salvó entónces á la cristiandad de una total ruina, y echó luego los cimientos de esa unidad religiosa que parece indestructible en nuestra patria.

Conviene á nuestro propósito, para fijar bien el carácter de los invasores, el demostrar, cuánto la lengua de los árabes influyó en el resultado de estas prodigiosas conquistas. El idioma del Korán era considerado el más puro de la Arabia, y se hizo patrimonio del universo civilizado. Dice á este propósito Herder: «que si los Germanos, vencedores de la Europa, hubiesen poseido un monumento tan clásico ó ménos

que el Korán, jamás hubiera podido el latin dominar su lengua.» Con efecto, sólo la fé religiosa de los *Tabi*, ciegos conservadores de los preceptos de su maestro, libres de toda corrupcion del lenguaje, bastó para conservar una lengua que durante toda la Edad Media habia de ser depositaria de las ciencias antiguas. Está fuera de duda por cuantos historiadores se han ocupado de nuestro país, que el período más brillante é ilustrado para la literatura y la filosofia fué el del Califato, y aún despues, el más culto de los reinos que se formaron por toda la extensión de la Península; su poblacion más numerosa que la actual y aún que la romana, sus edificios más espaciosos y ricos, sus universidades más concurridas, y sus academias funcionando ocho siglos ántes que se fundaran las que hoy existen. Sin las exageraciones del fanatismo, los españoles se habrian aprovechado más de aquella civilizacion, y hoy dariamos al mundo un espectáculo bien distinto del que ofrecemos. En los púeblos donde la impiedad no podia destruirse, resto del furor arriano de los Visigodos, el Árabe enseñó la idea absoluta de un Dios, Creador, Regulador, Soberano árbitro de todas las cosas; y como emanaciones de inextinguible bondad, enseñó á las escuelas cristianas que se habian viciado por los errores de la herejía constantemente insubordinadora, la práctica diaria de la caridad, de la limpieza, de la temperancia, de la obediencia y de la oracion; destruyó la pasion al juego, á la idolatría y á la usura, porque, no hay que dudarlo, los cristianos de aquel tiempo no oponian á los Árabes costumbres honestas, ni amor al trabajo, ni limpieza, sino las impurezas de las costumbres romanas que sustentaba todavía la alta sociedad, y la grosería de las clases pobres, que se habia sostenido con la ignorancia ó la servidumbre. La raza que habia obrado aquel prodigio en las márgenes del Guadalete, poseia una tranquilidad de alma inquebrantable, un convencimiento absoluto de la unidad y santidad de su doctrina: no podian oponer lo mismo las razas vencidas ó arrolladas. Sin la tolerancia de la poligamia y la prohibicion de discutir las co-

sas sagradas del Korán, no sabemos si la humanidad hubiera titubeado en aceptar leyes y usos que podían imprimir tan poderosa acción á millones de criaturas. Todavía, después de mil años, la lengua de los Árabes, dulce, sonora y flexible, sirve de alianza entre Oriente y Occidente; todavía, ante la humanitaria religión del Crucificado, se sostiene única y ostensiblemente cuna de muchas tradiciones. El harem, que horrorizaba á las familias cristianas y llenaba de amargura á aquellas infelices esclavas arrancadas de los pueblos conquistados, fué, al par que una feliz tradición antigua para contener á los creyentes, un valladar intraspasable para el proselitismo. ¡Cuánto carácter imprimió á sus alcázares y á todos sus monumentos esta sola condición de la vida social de los Mahometanos! Cuando vemos alzarse los esbeltos minaretes, las doradas cúpulas, los rojos ó pintados baluartes, y sentimos la inspiración de ese pueblo fanático y noble, deploramos la abyección en que ha caído, y los futuros desastres que todavía amenazan á unas gentes que de tal modo fueron intérpretes de las más sábias escuelas de la Grecia.

¿Seremos todavía incapaces de reconocer con gratitud lo que la antigua civilización española debió á esos huéspedes, que sembraron su sangre y sus preocupaciones orientales en nuestro suelo?... El Español, tal cual es, ese tipo que se distingue hasta cierto límite, de la familia europea, y con especialidad de las razas del Norte, representa hoy en decadencia aquella cultura; y ni las crueles persecuciones religiosas, ni la férrea unidad monárquica, ni las emigraciones, han podido destemplan el alma que se inflamó con el arte, la literatura y la poesía agarena.

No fueron los Kalifas los que por su protección hicieron del árabe el pueblo más poeta del universo: aún no había nacido Mahoma, y ya cantaba sus peregrinaciones, las luchas de Okhad, su vida errante y sus querellas amorosas. Sería interminable la lista de sus poetas y escritores. Todos recitaban versos tan sencillos como originales; notándose

en ellos una cosa muy significativa: que, áun cuando conocieron la epopeya, el idilio, la oda de los griegos, jamás aprendieron ni imitaron inspiracion ni sentimiento alguno, sino que continuaron no ménos entusiastas de su poesia y de sus canciones heróicas. El *Cuento*, género recitado que en pleno siglo XIX es aún el mejor deleite de la sociedad; que en Andalucía ha llegado á ser una parte de la conversacion, y el atavío y gracejo de cuanto se habla, el que entretiene bajo sus tiendas á los moros de Fez, ese constituye todavía el solaz más dulce y agradable de las escenas españolas; y tan antigua es esta literatura de la raza pura árabe, que el Profeta, cuando principió á divulgar el Korán, temió que los cuentos de los mercaderes persas, entonces en boga en todo el Yemen y en los caminos de las caravanas, hiciesen olvidar al pueblo la lectura del Libro Santo.

Como la idea pura de la unidad de Dios es la base incontrastable de la religion mahometana, toda la filosofia estaba basada en contemplaciones, himnos, rezos y alabanzas. Simultáneamente se levantaba el ancho pedestal de la doctrina aristotélica. Sectas ilustradas examinaron el célebre *Organum* que transmitieron los filósofos alejandrinos, y Alfaraví, Ibn Taphail, Algazel, Avicennes fueron más notables filósofos que los discípulos de Abelardo, que Amaury, David y Maimonides. Además, que por ilustres que fueran las escuelas filosóficas establecidas en la Edad Media, los que impulsaron el movimiento, á pesar de los estudios teológicos, fueron esos sábios que desde Granada, Córdoba y Sevilla derramaban nuevas ideas sobre la moral, la política, el alma, la fisica, la razon. ¡Imposible parece que del suelo de Andalucía habia de partir la luz que se reflejara sobre los *Kathares*, y que con tales maestros no quedara en nuestro país el menor vestigio de aquella filosofia racionalista!...

Avicbron, que vivió bajo el poder de los Abassidas, combatió la intolerancia de los Almohades, escribiendo contra los atributos de Dios y su semejanza con la criatura.

Trabajos que en el suelo español no volvieron á repetirse, esterilizándose por el influjo bien explotado de la intolerancia mahometana.

Las leyes de la metafísica conocidas por los modernos, fueron trazadas ya por Mahoma y los pensadores Griegos; miéntras los cristianos traspirenáicos de la Edad Media realizaron la union constante de la escolástica y el misticismo, con lo cual habia de brotar el Renacimiento, preludiando la aparicion de los grandes filósofos que han hecho florecer la inteligencia y los intereses materiales de Inglaterra, Francia y Alemania.

Pero lo que sobre toda esa suma de ciencia imprime á la civilizacion árabe española un formidable poder y constante progreso, envidiado por todos los pueblos de Europa, son las ciencias de la naturaleza, las matemáticas y la química. Bajo el reinado de Al-Mamunn midieron un grado del meridiano en el país y llanura de Saryar, y construyeron para la astronomía cuantos instrumentos necesitaban, tablas celestes y planisferios, cartas geográficas y estadísticas, mucho tiempo antes que los cristianos se ocuparan de estos trabajos. La cronología, la navegacion, la arquitectura náutica están dotadas de tantos nombres árabes, que nadie borrará este sello indeleble de su influencia en los siglos venideros. Las tablas construidas en Samarcanda determinando épocas, fijando revoluciones celestes, y abreviando los cálculos, son otras tantas obras de su génio; y si bien en la anatomía, por una prohibicion expresa, no pudieron adelantar mucho, la medicina les debe casi todo el conocimiento de las plantas, y la virtud de muchos agentes minerales que la química les habia revelado. Es, pues, muy lógico que el arte, en la acepcion que entre ellos tuvo esta palabra, se desarrollara á expensas de tales conocimientos exactos, y á tal punto, que las traserías de almocarves no han sido hechas antes ni despues con la perfeccion, exactitud y espontaneidad que se ve en los almizates y comarraxias de los edificios arábigos. En nuestros dias estas combinaciones de líneas que

dejan descubiertos polígonos y otras figuras convergentes á centros comunes y simétricos, detienen la mano de los mejores dibujantes, y sin un estudio hecho á conciencia no es posible aplicarlas.

III

Se ha preguntado muchas veces qué habria sucedido en el mundo, si los Vándalos y los Alanos no hubieran sido arrojados de la Península, y dado origen al más grande reino de piratas conocido. Seguramente los Arabes no habrian llegado á nuestro territorio si Genseric hubiese establecido un reino entre la Libia y la Mauritania, ó si este Leon de Numidia, despues de saquear á Roma, hubiese llevado sus despojos á Africa, y vuelto á invadir la España. La cúpula de oro del Vaticano que arrebató, habria servido para levantar de nuevo en nuestra patria un gran templo al paganismo. Jamás un imperio pudo hacerse más grande y perecer en ocho generaciones de reyes, la mitad asesinados.

Antes de Mahoma, se ha dicho, los Arabes apenas tenían arte que representara sus adelantos, y esta peregrina idea se ha venido sosteniendo por los que á toda costa querían probar el indomable barbarismo de aquellas tribus errantes. Sabido es que los desiertos que se hallan entre el Mar Rojo y el Eufrates, á juzgar por el relato del Profeta, eran como son hoy llanuras ligeramente interrumpidas por valles muy poco cultivados, y esto mismo acredita que la Arabia en aquel tiempo no se parecia á esos desabrigados mares de arena que hay en el continente africano, sino que el país sufría el abandono propio de la raza viajera que lo poblaba, la cual apenas se ocupaba de sembrar los campos ni aprovechar los escasos manantiales de sus montañas. Pero ¿cómo no habian de tener arte, á lo menos simbólico, unos pueblos que visitaban la India, entónces más floreciente que ahora, los antiguos imperios, Babilonia, el Egip-

to, la Judea, y que frecuentaron todas las colonias griegas y romanas? Su país era la escala del Oriente; en él refrescaban los comerciantes sus alimentos, y se proveían para continuar las expediciones; en él dejaban sus mujeres y sus hijos; ¿cómo, pues, en ese suelo no se levantaron los edificios propios de su vida y de sus creencias? Los que sostienen el estado bárbaro de la raza árabe antes de Mahoma, preguntan: ¿dónde están los monumentos ó sus ruinas? No existen hoy despues de las sangrientas vicisitudes por que ha pasado aquel país; pero no es ménos cierto que se hallan vestigios romanos, griegos y persas, y que el Egipto reflejó allí su civilizacion primitiva; pues si aquel inmenso *caravanserallo* hospedó los mensajeros del antiguo mundo, si en su suelo descansaban tropas numerosas de negociantes y de soldados, ¿cómo no creer ciegamente que el arte pagano en su primera manifestacion, el que concedió tal grandeza á los antiguos Medos y Asirios, y luego vino á modificarse en la culta Grecia, no fuera el origen de la civilizacion que tuvieron los primitivos Arabes? La Kaaba habia sido ya construida en tiempo de Mahoma, los Hebreos habian hecho sus templos muchos siglos ántes y eran sus vecinos; el cristianismo se apoderaba de los monumentos romanos, y el estilo bizantino dominaba en toda esa region oriental. Cuando se trató de reconstruir la Kaaba, los arquitectos que lo verificaron eran el uno griego y el otro copto, y por demás se sabe que en aquellos tiempos los artistas no eran tan cosmopolitas como en los presentes. El gusto persa que se extendió á la Siria y al Asia Menor, sólo sirvió para abrigar en el fondo de sus mejores obras el culto de la nueva religion. Mezquitas levantadas en la primera época tienen todas las formas de la arquitectura griega y egipcia, y recientes trabajos hechos en la alta India y en los pequeños Estados confines con la Persia, han principiado á darnos una luz muy remota sobre algunas formas del arte, revelando los primeros albores de las múltiples bóvedas de la Alhambra, y el arco excéntrico y

apuntado, que parece se inició en las construcciones de aquellos tiempos, 1000 años ántes de la fundacion del Islamismo.

Ebn-Jhaldoun dijo, que artistas y hasta trabajadores en piedra y madera se pidieron á Constantinopla para construir mezquitas. El Kalifa Walid, Abd-el-Malek, para levantar una mezquita en Medina, otra en Jerusalem y otra en Damasco, pidió al emperador Justiniano 200 obreros y albañiles; y una de las condiciones de paz entre el Kalifa y el mismo Emperador, fué que éste le entregaria azulejos, pavimentos de esmalte y tejas en cierta cantidad, para la decoracion de la gran mezquita de Damasco. Lo que se vé claramente es; con cuantos retazos de antiguas obras, y con qué diverso espíritu se levantaban los primeros monumentos, y por qué existe tan profunda diferencia entre los que se edificaron en los primeros años de la egira, los que se hicieron en el Kairo mucho tiempo despues, y los que se alzaron en España en distintas épocas.

Bajo las dinastías de los Arsacidas y Sassanidas, obró prodigios el arte persa que contemplaron los Arabes, y en la ciudad de Madain, conquistada por ellos, hallaron tal arsenal de ornamentos, que fueron deslumbrados por ellos; y tal abundancia y prolijidad de detalles, que dicen habia edificios bordados como encajes, y cúpulas que se elevaban hasta las nubes en múltiples combinaciones. No se demuestran bien las formas de los arcos apuntados, pero aquellas relaciones fantásticas nos indican, que unas líneas no conocidas los debieron sorprender, en particular las de los patios, que tenian grandes y dilatadas galerias de arcos, bajo las cuales cabian ejércitos enteros, cobijados por menudos cupulines. Tak-Kesra presenta una construccion de arcos ojivales (1) que, si no tan aperaltados como los de las catedrales góticas, tienen la curva primordial de su antiguo

(1) Ruinas de Tak-Estaa.

origen. Tak-Kesra se sabe que era el palacio de Cosroes en las ruinas de Ctesiphon, y como los de Firuzabab, se construyó en los primeros siglos del cristianismo. La forma ovóide de estos arcos se insinuaba ya lo bastante para que naciera de ella el arco roto, apuntado y de herradura, y puede conjeturarse su procedencia cuando comienza á verse con signos característicos en las mezquitas de Egipto y Túnez. Un número notable de edificios mahometanos de la primera época se ve tambien coronado de almenas á manera de dientes, de las cuales no se hallan vestigios por otra parte, pero que si nos remontamos al tiempo de Sapor (1) y á las construcciones bramínicas, se hallará el origen de esas cresterías que aprovechó el gótico con tanto lujo.

Siguiendo las diversas fases que presenta el arte árabe, para deducir el origen y formacion de sus modificaciones ántes que se manifestara en España con la riqueza que descuellan en los siglos XIII y siguientes, hallamos que los más antiguos edificios están construidos con materiales arrancados de los palacios y templos que dejó el arte persa, griego y latino, sin olvidarse de las famosas construcciones cartaginesas que respetaron los Vándalos; como las columnas de Córdoba, las del alcázar y mezquita de Fez, y los capiteles degenerados de Corintio con hojas y volutas, pero dando un alto relieve á las más finas venas de sus acantos; los ladrillos rojos y blancos tapizando las fachadas y cortando las dovelas de los arcos, y la multitud de bóvedas y cúpulas cuya magnitud y esbeltez va disminuyendo á medida que nos acercamos á Marruecos y pasamos á España, en donde se construyeron muy pocas.

Aunque autores tan ilustrados como Batissier (2) sostienen que los Árabes ligaban los adornos con hojas y flores,

(1) Dibujos de la Biblioteca Real de París.

(2) Histoire de l'Art monumental,

lo mismo en los últimos tiempos que en los primeros, no hemos hallado en las obras posteriores al siglo XII ese género de mescolanza en las rigurosas y clásicas tracerías; antes bien, siempre hemos visto, que el purismo tan decantado de esa ornamentación estriba exclusivamente en las combinaciones geométricas á que se presta la línea. En los tapices persas, indianos y bizantinos, sí hemos visto el abigarramiento que produce la hoja, la flor, el grutezco enlazándose á las tracerías, por más que éstas se vean matizadas de los más brillantes colores.

De los mosaicos, azulejos ó piezas de barro esmaltadas con que cubrían los basamentos y anditos; vemos claramente la procedencia simultánea en todo el Oriente, transmitida de los antiguos Persas, Medos, Asirios é Indianos, como lo demuestran los hermosos fragmentos hallados por Flandin bajo las ruinas de Nínive. Las inscripciones, por último, fueron los ornatos más usados ántes y despues del siglo IX; con ellas dieron una extraña originalidad á sus obras de toda clase, y las hemos visto grabadas en los trajes, en los muebles, en las arracadas ó joyas, además de esas fantásticas leyendas escritas en las cabeceras de las sepulturas, de las que hay muchos ejemplos en España y Africa.

Un género de ornamentación peculiar á los monumentos árabes más modernos, donde se desarrolló de un modo pasmoso é imprimió á la arquitectura un carácter más noble y elevado, fué la bóveda que hemos dado en llamar estaláctica; ¿de dónde trae su origen? En ninguna parte son tan complicadas y múltiples como en la Alhambra: no hay comparación entre éstas y las que se insinúan débilmente en el Kairo y en la Persia musulmana. Sin duda que han venido á través de la emigración perfeccionándose, y que pudieron empezar por nichos con bóvedas cruzadas, y por pequeñas gotas ahuecadas para entretener las líneas de las cornisas en los antros monolíticos de los templos aryas, imitados por los Persas más tarde y copiados en Egipto.

IV

Fijándonos particularmente en España, nos remontaremos á los años 710 y siguientes, cuando Muza conquistó desde Tarifa hasta Barcelona, y aposentó sus taifas en las iglesias latinas, en los palacios episcopales y en los recintos murados que habíamos heredado de la dominación gótica. Zaragoza vió levantarse la primera mezquita de importancia, ó por lo ménos, ostentó un monumento oriental ántes que se alzasen los de Córdoba, Calatayud, Sevilla, Toledo y Valencia. Realizando conquistas, construyeron castillos y murallas flanqueadas de torres, restauraron el magnífico puente de Córdoba y se cubrió de fuertes el litoral, extendiendo por todo el territorio las atalayas, que fueron en su origen el primer adelanto hácia las comunicaciones telegráficas. Tan ardientes propagadores de la nueva ley, respetaron el culto de los cristianos, y la multitud de sectas que se alimentaban de las disputas sinodiales y del poderío sistemático de la Iglesia de Oriente. Los cristianos pudieron, en suma, profesar su culto, pero no propagarlo; y sabido es que muchos mártires inscritos en el calendario español, no habrían alcanzado la suerte de tales si se hubieran reducido á profesar el culto cristiano, absteniéndose de ir á las puertas de las mezquitas para predicar la falsedad de las creencias mahometanas (1). Prohibida la propaganda, se imposibilitó la erección de nuevos templos cristianos, de oratorios, y el esculpir imágenes, con lo cual el arte latino, que tan débilmente se había sostenido en la Península, quedó estacionado, y á poco se perdió de la memoria la construc-

(1) Hemos citado y podríamos citar innumerables ejemplos de esta propaganda entonces inútil.

cion, el ornato y sus aplicaciones á las artes de la platería, ebanistería y bordado.

Miéntas que la raza gótica habia vivido sin la religion y para la religion, devorándose en cuestiones puramente teocráticas, olvidada de los intereses materiales de los pueblos, y áun pudiéramos añadir de los intereses morales, los nuevos señores del territorio, al par que eran más profundos creyentes, no descuidaron todo aquello que podia moralizar á los súbditos. Contra lo que se ha creido, juzgando lo que hoy son las poblaciones mahometanas, se fijaron reglamentos de policía para calles y plazas, se establecieron fuentes públicas y baños para los pobres, y, lo que es más notable, Yusuf-el-Fehri hizo restablecer con grandes dispendios los caminos militares de Córdoba, Toledo, Lisboa, Mérida, Tarragona, etc., restaurando los puentes que se ven todavía, y abriendo vías de comunicacion que han venido sirviendo durante muchos siglos. No aprovechó á los Visigodos tanto la grandeza de Roma como á los Árabes. Ninguno de sus monumentos de utilidad pública fué demolido. Si los descendientes de Tarik, victoriosos, hubieran en el primer siglo obedecido al emir, y constituido un solo imperio al amparo de las obras antiguas, no habrian perdido cien años ántes de que los príncipes musulmanes se reunieran para constituirse en poder único y absoluto bajo el cetro del último de los Omniadas. Mas de cualquier modo, desde aquella época principia una civilizacion que agita nuestra inteligencia durante diez siglos, y que borra las huellas de la cultura latina.

El pueblo dominado, viendo por una parte el esplendor del culto cristiano reducido á edificios de madera y ladrillo, tierra y escasa piedra, levantados bajo la influencia románica, y por otro el lujo con que se hacian alcázares y mezquitas, alzando minaretes cuyo imponente aspecto los embelataba, aceptó de lleno el nuevo arte oriental con todos sus originales atavíos. Los Mozárabes, pues, principiaron su obra, y de tal modo cundió entre los cristianos el gusto de

la imitación, que lo vemos penetrar en Francia y llegar á Italia en los primeros años del siglo xi (1), hasta identificarse de tal modo, que sus costumbres, su escritura, sus vestidos eran iguales, y vivían en iguales casas, con patios y alhamies, baños y divanes, como si no hubiera diferencia en el origen de ambas civilizaciones. El carácter nacional principió á ser uno, y si no hubiera venido el desmembramiento de aquel poderoso Califato, por exceso mismo de riqueza y de bienestar, la condicion de los pueblos mozárabe, mahometano y judío, habria sido preferible á la de los primeros reinos cristianos que se levantaron para la reconquista. Durante tres siglos á lo ménos, puede decirse que se borraron todas las tradiciones, excepto en el pequeño rincón de Astúrias y en las costas cantábricas.

Fundáronse desde 786 tantos castillos, *madrisas*, baños y oratorios, tantas escuelas y hospitales, que en ningun país del mundo vióse desarrollo tan grande en ménos tiempo. El hospicio fué entónces una institucion piadosa y necesaria, pues los primeros siglos no dieron verdadera organizacion pública á estas casas de socorro para los desvalidos. En ellas entraban sin distincion los mozárabes y mahometanos; y no fué sólo en Córdoba, sino tambien en Sevilla, Granada, Valencia, etc., donde se crearon estos establecimientos. El Museo Arqueológico de Madrid ha recogido un frontispicio de dibujo calado que debia hallarse sobre la puerta del hospital de Zaragoza, y nos interesa su estudio porque revela el estilo del siglo xi, con la particularidad de que representa dos trazas distintas y superpuestas una á otra diagonalmente, de manera que por los huecos ó vacíos del adorno que está encima se ve el que hay por debajo. Las fábricas de moneda eran numerosas, y tal fué la abundancia de metales acuñados, que hasta en el reinado de Alfonso viii no se usaban más que los *dirahmes*, fa-

(1) En muchas iglesias de aquel tiempo se ven inscripciones árabes y lacerias.

bricados en la metrópoli y principales Waliatos. No se hacía por aquel tiempo moneda más perfecta, siendo deplorable que no pudieran grabar en ella más que signos é inscripciones de muy poco interés artístico. En Córdoba llegaron á estudiarse las artes y ciencias con tal celo, que habia centenares de catedráticos y académicos protegidos por los emires. Nada más admirable que el reinado de Abderrahman II: la más adelantada civilizacion moderna en el terreno del progreso material, de las obras públicas, de la paz, de la proteccion, puede muy bien comparársele; en 844 mandó aquel sábio emir que en sus dominios no hubiese hombre que por falta de ocupacion quedase sin recursos. Una cuarta parte de las rentas públicas se dedicó á dar trabajo á los obreros, y los alarifes se ocuparon todos en proyectar y edificar cuanto pudiera ejecutarse por lujo ó por necesidad (1). No de otro modo se concibe que el país entero, despues de mil años, esté sembrado materialmente de cimiontos, bóvedas y torreones en número tanto, como no hemos visto de la famosa Edad Media en parte alguna. En este tiempo se construyó el encantado palacio de Ruzafa, donde habia fuentes esculpidas en jaspes con figuras de animales y cisnes de plata; y entónces, á pesar de las prohibiciones alcoránicas, se hicieron imitaciones de objetos naturales no inferiores á los del arte romano y gótico de la decadencia. En las *madrisas* se sostenia, recibiendo una sólida educacion, cierto número de alumnos pobres, y además la escuela de la casa del emir ocupaba 500 huérfanos instruyéndose á sus expensas. Léjos de Roma no se vió nunca tanto lujo en las poblaciones, como entre los árabes de España. Las calles pavimentadas de grandes piedras, jardines que refrescaban el aire en las plazas públicas, y lo más notable todavía, pascos marginados de árboles que conducian á los principales alcázares (2), y en donde, segun los poetas

(1) «Hist. d'Espagne.»

(2) Así resulta de copias de manuscritos del archivo de la Alhambra.

de aquellos tiempos, «el pueblo se regocijaba.» Los minaretes de Segovia, Zaragoza, Ávila y Sevilla eran más esbeltos y elevados que los campanarios de nuestras iglesias; y si en estas obras se prodigaban tantos tesoros, ¿no puede sostenerse con el testimonio de los contemporáneos, que las ciencias é industrias reproductivas daban en aquellos tiempos más medios de vivir y aumentar la población, que los que cuenta la España del siglo xix?

Los castellanos y aragoneses, en los últimos siglos, por más esfuerzos que hicieron, no habían conseguido cultivar las artes como lo alcanzaron sus enemigos. De tal manera en la mitad de España, hácia el norte, se había abandonado el espíritu trabajador, que los artistas andaluces fueron llamados muchas veces á construir iglesias bajo el plan de las basílicas antiguas, y se observa en la mayor parte de los monumentos cristianos de las siglos x al xiv una mezcla agradable de árabe y gótico; bizantino, árabe y renacimiento; gótico y árabe, con el sello indeleble del genio oriental campeando en todos sus trazados y composiciones.



PARTE PRIMERA.

CARACTÉRES COMPARABLES

DE

DIVERSOS MONUMENTOS.

I

Si la literatura histórica quiere explicarse la época señalada á cada una de las grandes revoluciones que fraccionaron la unidad mahometana por el influjo de la fuerza de los ejércitos, ó de las ideas disolventes que nacian en las ciudades conquistadas, espacio dilatado hallará en el inconcebible número de crónicas y de poemas que se consagraron á relatar las hazañas de los caudillos, las bellezas de sus obras y las querellas de sus esclavas. Nosotros nos hemos trazado otro camino más ajustado á la realidad y á el análisis, juzgando, no por cuentos de *Las Mil y Una noches*, que han podido repetirse en Medina-al-Zahra como en el Generalife ó en las Huertas de Said, sino por los vestigios del arte, de la industria y de la agricultura, cuyos trabajos, insuficientes todavía, se hallan libres de las preocupaciones y escrúpulos que interpusieron ciertos escritores en el tiempo de nuestra decadencia.

El período árabe en España, aunque poco alejado, reviste siempre la forma fantástica, y por esto nos explicamos

cuánto la poesía ha oscurecido la concepción de muchas obras, que en el análisis práctico y el estudio estético ocupaban un lugar preeminente. Véanse, si no, las descripciones fabulosas de los antiguos alcázares de Córdoba, cuyos vestigios son sin duda menos delicados que los que hay todavía patentes en Sevilla y Granada: la taza de pórvido llena de azogue ó de plata viva, como lo llamaban los Arabes; las alfombras tejidas de oro y seda con dibujos de flores y animales, que parecían verdaderos; las perlas regaladas por el Kalifa de Bagdad, que estaban embutidas en los artonados del palacio; las figuras humanas traídas por el griego Almad que se colocaron sobre la fuente cincelada en Siria; los arcos de marfil y ébano ornados de esmeraldas; y columnas de cristal de roca; y las puertas de cobre y oro; creaciones fantásticas que no expresan ménos el lujo y esplendor de la época y la influencia avasalladora que tuvo sobre los cristianos, que el respeto é interés que produjeron entre los escritores cuando creían que hablaban de su propia y genuina civilización. Siempre oiremos esos cuentos con orgullo, como los ecos de la historia de la patria, como los acordes que vibran en el corazón cuando nos sentamos á oír las glorias de los tiempos pasados contadas por nuestros abuelos.

Cuando se contempla la catedral de Córdoba y la Alhambra de Granada, muchos se inclinan á creer aquellas maravillas; pero ¿acaso es preciso que haya perlas en los techos, oro en las alfombras y plata en las fuentes para que distingamos lo que existe de misterioso, de tranquilo, de dulce, en la capilla del Kalifa de la *djama* de Córdoba, en la sala de Embajadores de Sevilla y en el patio de los Leones de la Alhambra? El arte no consiste en la materia. Hoy sin brillo y sin colores, estos edificios ¿tienen ménos belleza artística que la que espresan las descripciones de los poemas que bordan sus murallas? No necesitamos de la fantasía oriental para dar la importancia que se merecen á estas obras incomparables.

El arte se desarrolló en España de una manera singular, y adquirió formas y significado propio. Ya en el siglo XI los artistas estudiaban el dibujo geométrico y las matemáticas en las escuelas de Córdoba, Sevilla, Toledo y Zaragoza, tomando la práctica necesaria de la construcción, al lado de sus maestros; y éstos habían introducido en el antiguo estilo bizantino reminiscencias góticas y latinas que transformaron el gusto verdaderamente musulmán hasta tal punto, que nunca se habían visto los tímpanos calados en formas romboidales como principal ornamento de estas obras. Ni los Almohades ni Almorávides introdujeron nuevos elementos de la Mauritania para adelantar las artes, superiores á los que ya se habían desarrollado en la Península. Los Arabes poseían un carácter original y tradiciones puras de la antigua patria; con ellas habían invadido medio mundo y llegado á nuestras costas: nuevas impresiones modificaron su bello ideal artístico, y ante ellas, sin abandonar el recuerdo de aquella tradición, hicieron las obras que engalanaron sus escritores ó poetas. Probado está por Ebn-Said (1) que las provincias andaluzas, reunidas entonces al imperio de Mahgreh, enviaban toda clase de artistas á Yusuf y á Yacob-el-Mausur para construir edificios en Fez, Rabat y Mansuriah, y añadía aquel historiador: «Es bien notorio, que esta prosperidad y esplendor de Marruecos se ha trasportado á Túnez, donde el Sultán construye palacios y planta jardines y viñas á la manera de los Andaluces. Los alarifes eran nacidos en estas tierras, lo mismo que los albañiles, carpinteros, azulejeros, pintores y almadraveros (2). Los planos fueron copiados de los palacios andaluces, etc., etc.» De donde se deduce que no existió nunca la influencia morisca, y que el arte vivió en España y se desarrolló poderosamente con un gusto peculiar, rico y sin semejante por la delicadeza del arabesco.

(1) Escritor del siglo XIII nacido en Granada y muerto en Túnez.

(2) Los que recortaban ladrillos para hacer labores.

Es irrecusable el testimonio de autores contemporáneos para demostrar que el estilo denominado morisco por los artistas del Renacimiento, no lo fué nunca y ménos en los últimos tiempos de la dominacion agarena, y que esos detalles que admiramos por su riqueza y florecimiento, las bóvedas y hornacinas de colgantes, los festones de los arcos, las *camarraxias* y *alicates*, fueron obras españolas más finas y delicadas que las del Oriente. El gérmen nacido en la Arabia fué trasplantado felizmente al suelo de España, en el cual desplegó esa hermosa flor cuyo perfume se aspira durante setecientos años.

El primer ejemplo permanente de aquel desarrollo está en la mezquita de Córdoba, la cual revela á primera vista la fatalista inspiracion que le dió existencia. Su planta es casi la reproduccion de los templos hebreos que copiaron los ismaelitas. Interminables galerías paralelas comunicadas por arcos superpuestos y cubiertas de oscuros alisados, donde brillaban algunas estrellas por el reflejo del luciente pavimento, que recibia la luz y claridad de sus repetidas puertas; un bosque de columnas, que á duras penas parece que sostienen los robustos pilares y múltiples bóvedas, cuyo pavoroso conjunto exalta la mente del mahometano, y entristece hoy las ceremonias solemnes de la religion cristiana: es el arte antiguo que goza del espíritu de las Catacumbas; pero que se forma en el desierto donde perdía en esbeltez lo que ganaba en su base ó extension, y que debia albergar á la numerosa caravana que esperaba refrescarse en sus fuentes artificiales, y estanques labrados en los patios sombreados con palmeras, naranjos y limoneros. No recordemos el arte cristiano en San Pedro de Roma ni en Estrasburgo, etc., para hacer insensatas comparaciones, porque en este caso la *djama* hablaria la elocuencia de la perfeccion simbólica. Estudiemos los primeros pasos de un arte que se anuncia en nuestro país por tales concepciones, y que inspira horas de recogimiento á los más escépticos ó descreídos: ataviemos la gran mezquita con los ornamentos

de brillantes colores y oro; hagamos arder sus 113 lámparas con 20.000 luces; llenémosla de creyentes vestidos de los más pintorescos trajes, que con profundo orden murmuran su rezo melancólico y repetido; y llenad todavía las naves de los patios de una multitud silenciosa; veremos si esa hermosa mezquita del siglo VIII tendría muchas rivales, y si aún hoy no nos trasporta su vista á los grandes acontecimientos de nuestra antigua civilizaci3n musulm3ca.

En Córdoba tenemos frente á frente las obras de dos grandes pueblos, árabe y romano; es fácil comparar. Aunque para distinto objeto, el puente, sus torres, las murallas, ¿son acaso más imponentes que las líneas derechas y flanqueadas de cubos coronados de almenas, las puertas, los reductos, el *mihrab*, y las obras todas que quedan del arte árabe? ¿No están los despojos romanos sirviendo en la mezquita para sostener los almizates y artesonados? Los pilares, mitad románicos y latinos con sus capiteles contrahechos y su decadencia manifiesta, ¿no están denunciando otra civilizaci3n inferior á la musulm3ca? Mejor labrados se hallan los capiteles imitaciones greco-romanas, hechos con el cincel de los árabes. Quizá éstos cuando hicieron la mezquita le habrían dado tanta corpulencia como á las del Cairo, Damasco y Kufa si no se hubieran propuesto aprovechar las columnas románicas; pero la influencia de estos materiales se hace sentir demasiado en la construcci3n, para que la pasemos desapercibida á la vista del más antiguo de sus monumentos.

II

Cuando suspendemos nuestra mente contemplando esa magnífica obra que despierta recuerdos desconsoladores, porque queremos vivir la vida de todos los pueblos que nos han dejado tan elocuentes testimonios del ingenio humano, vagan siempre alrededor recuerdos de iguales obras levantadas en lejanos países, sin que el tiempo, ni la distancia,

sean un obstáculo insuperable al estudio de comparacion que en estos momentos nos preocupa. Cuando se visita la Alhambra, las ideas históricas permanecen encerradas en un estrecho recinto, sobre el que se alzan alcázares, donde las escenas del harem, de la pasion, de las crueldades y de las envidias se habian asociado para producir un poema simpático á las almas sensibles y á los corazones apasionados; mas cuando llegamos por primera vez á distinguir aquellos lienzos interminables de murallas, que apénas se pueden limitar entre el monótono aspecto de la campiña de Córdoba, y las inflexibles líneas horizontales de las llanuras que atraviesa el Guadalquivir, la imaginacion no está sólo en España, sino que visita con pasmosa seduccion las más lejanas tierras donde hay mezquitas almenadas como castillos, sepulcros cubiertos de alicatadas techumbres, y palacios pintados de franjas rojas y azules en medio de poblaciones desiertas, silenciosas, y entre casas á manera de tumbas.

Córdoba parece todavía una ciudad del Desierto; su aspecto nos recuerda á Bagdad ó á Damasco; sus casas solitarias, bajas y silenciosas, parecen las *menacires* del Eden musulman, y hasta sus edificios cristianos son tristes como la soñolienta vida de sus fundadores. Parece un pueblo arruinado por el quietismo musulman; pero este mismo es el carácter de las obras en la Siria, en el Yemen, cuyos ejemplares se reproducen entre cientos de millones de creyentes y en la mitad del mundo.

En Enna, Siracusa, Taormina, tenemos tambien ejemplos. Invasada la Sicilia al fin del siglo ix por los normandos, el espíritu de destruccion acabó muy pronto con los escasos monumentos que allí se guardaban: pero en contacto con el Oriente, los habitantes de la isla participaban del génio que Belisario les infundiera, menospreciando lo poco que dejaron las pasajeras dominaciones góticas. El arte, pues, revestia completamente líneas armoniosas y sentidas, ornamentadas por la profusa combinacion de grifos y acan-

tos tomada á las artes cartaginesas; y despues que el primer Conde de Sicilia, hijo de Tancredo, arrojó á Griegos y Árabes y se aprovechó de los alcázares construidos por estos últimos, alojándose especialmente en el palacio de Ziza, fué tal el extremo de raras modificaciones, de mezclas extravagantes, de caprichosas abstracciones y fantásticas ideas que produjo el copioso arsenal de objetos artísticos que allí habia, que bien pudiéramos entrar en interminable discusion comparando tan interesantes fragmentos á los que casi con idéntico origen se nos presentan en Córdoba y Toledo. En Sicilia los normandos restauraron y desfiguraron aquellos edificios, y en España se dejó ver no pocas veces la impresion de molduras góticas sobre paramentos arábigos, y el arte ojival alterando las curvas originales de los arcos de herradura. Ambos ejemplos, muy semejantes en su desarrollo, y que han alterado profundamente el carácter de las construcciones orientales, han dado lugar á que arqueólogos franceses y alemanes, á despecho de la verdad histórica, no hayan concedido al palacio de Ziza, ni á las viejas mezquitas del Cairo la originalidad de los arcos quebrados, cuya forma se insinúa suficientemente en algunos pequeños ajimeces que á manera de claraboyas se hallaban en Italia, y aún se ven indicadas entre las reparaciones de los edificios cordobeses.

No tenemos la menor duda de que el primer período que levantó las construcciones cuyos restos vemos en Toledo, Córdoba, Sevilla, etc., en Palermo y en toda Sicilia bajo el emirato de Hassan y Aboul Kasem, en el estrecho palacio de la Cuba, en las mezquitas de Tulum, en Cefala y en los alcázares sasanidas, es semejante en todas partes y lugares, razonado y aplicado en la misma forma y estilo, con ligerísimas variantes, demostrando que en el arte árabe español de los siglos VIII al XII no habia modificaciones profundas, sino accidentales, y que es necesario buscar el desarrollo y propia inspiracion del arte árabe de España en los últimos siglos de la dominacion sarracena.

¿Qué es, pues, el exterior de la gran mezquita de Córdoba sino una mole interrumpida por macizos cúbicos, ni más ni menos que como las murallas y baluartes de todo el Oriente, coronados de cresterías tan simétricas como prolongadas? Pues no otra cosa es el aspecto también de los castillos considerados normandos y de fundación árabe, cuyas fachadas están aparejadas de arcos simulados sobre ventanas caladas de diversas medidas, labores entresacadas con ladrillos vidriados, y coronamientos de anchos frisos con caracteres karmáticos. En todos, la antigüedad del imperio griego con modificaciones arábigas, primer período de un arte que arraiga en diversas regiones y se acomoda á todos los temperamentos; que sufre oscilaciones, hasta ofrecer en un mismo edificio la bóveda ojival, los arcos adovelados, los nichos cerrados por una concha, y otros detalles, que no podemos citar aquí sin ejemplos prácticos. Esos resaltos de piedras especulares, que se ven en los apilastrados y en las planchas de algunas puertas, y que se asemejan á los casetones de los monumentos judíos, revelan algo del original hebraico; un tanto de ese prurito de cubrir de talcos y piedras rojas, azules y verdes que vemos en aquellas épocas de lujo desatentado, en las que preferían el brillo deslumbrador de los vidrios y cornerinas, al agradable y simpático ornamento de flores, hojas y frutas que reviste el arte en las épocas posteriores.

En la gran mezquita de Córdoba se halla la unidad bizantina, grandeza, recuerdos del poderío islamítico de España, esplendor de los Kalifas y profunda fé, supuesto que levantaron un templo para desafiar las magnificencias paganas; pero habían de realizarse despues tales adelantos y tal florecimiento del arte, sin perder su grandeza, que la gran mezquita de Occidente llegaria á olvidarse ante las grandezas de la Alhambra. El progreso civilizador de cien waliatos independientes, el trato caballeresco con los pueblos enemigos, el cultivo de la poesía, la traduccion de las obras filosóficas alejandrinas, las púrpuras del imperio des-

garrado por esta raza invasora no fueron bastantes á cambiar el sentimiento artístico que debia producir el claustro, arteson y minarete de las construcciones del siglo XII al XV.

Son ménos escultóricos los plastones de hojas picadas y las espirales erizadas de puntas, que adornan las enjutas de los arcos en las puertas exteriores de la Catedral de Córdoba, que los enlazados de cintas y letras en forma de florones geométricos, producto caleidoscópico que siempre será simpático á la vista, y que desde los antiquísimos *mosáicos* es un adorno que admite el culteranismo del arte lo mismo en el gótico, que en el latino y que en el renacimiento. Creemos que es más bárbaro el ornato compuesto de objetos de la naturaleza cuando estos son amanerados, recortados y simétricos en su desarrollo, que el ornato que francamente se separa del natural, huye del mágico encanto de las hojas rizadas ó encorvadas á capricho, y se envuelve en el laberinto ilimitado de las líneas geométricas, enriqueciéndose con el oro y los colores y afinándose hasta producir una confusión á través de la cual la imaginación cree ver cuanto sueña, y se extasía agradablemente en un deleite imponderable. Admitimos que carecen de sentido comun los dibujos de los encajes de las telas persas, y de tantos otros como se ven en los pergaminos antiguos, á pesar de su encanto; pero ¿tienen más sentido natural, más verdad, los adornos de bichas, delfines, niños alados, mónstruos, flores y aristas ó tallos que confusamente se prodigan? ¿No hay en el adorno de cosas de la naturaleza, en piedra ó madera, tela ó pintura, una impropiedad que se rechaza instintivamente, á que no nos acostumbramos sino á fuerza de uso, y es la imitación servil de objetos que nacieron, no para la simetría, sino para la armonía, y que son por esta razón antiestéticos, impropios de la construcción ó combinación matemática de los duros materiales de que se forman? En el edificio, el ornato ménos lógico, quizá el más extravagante, el que ni es flor ni hoja, ni cuerpo imitado, ni línea ni curva determinada, pero que tiene de todas estas cosas, y

que en resúmen afecta contenerlas á todas ellas, éste es siempre el más bello ó el más fastuoso. No puede, pues, establecerse, que el ornato, al perfeccionarse en el arte árabe y hacerse más geométrico, perdió en ello importancia y belleza, y fuera por esto mismo ménos digno de atencion que esos extraños floripones y tallos exageradamente robustos del estilo bizantino, que decoran los antiguos monumentos árabes de Europa y Asia.

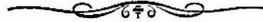
En el conjunto de la Catedral es preciso ser fatalista como los mahometanos para convenir en la piadosa impresion que puede producir este templo. Un inmenso bosque de pilares rectos, dilatado en simétricos andenes que se pierden reproduciéndose al infinito siempre bajo la misma forma, despierta en el alma del creyente la inflexible voluntad que lo empuja en la vida, y el hado inexorable que le aguarda en su paraíso. Y en el sueño intranquilo de una existencia impura y llena de esperanzas, nada hay como ese tejido de curvas que se revuelven sobre sí mismas, y aparecen ilusoriamente ondulando como reproducidas en las aguas de un estanque que mueve el viento; nada como el interior de esa mezquita para una conciencia musulmana. Pero esta majestuosa espresion de un culto de recogimiento, que carece de la solemnidad cristiana y de la grandeza pagana, no puede rebajar la significacion de otro monumento que se levantó más tarde en la Alhambra para el sensualismo y la voluptuosidad, para la poesía y la gloria. En el primero, el esfuerzo pujante de una religion que alimenta la fé y la creencia en el dominio del universo, y en el segundo el refinamiento inspirado por la tolerancia que en los pueblos despiertan sus repetidos desastres y sus civiles discordias.

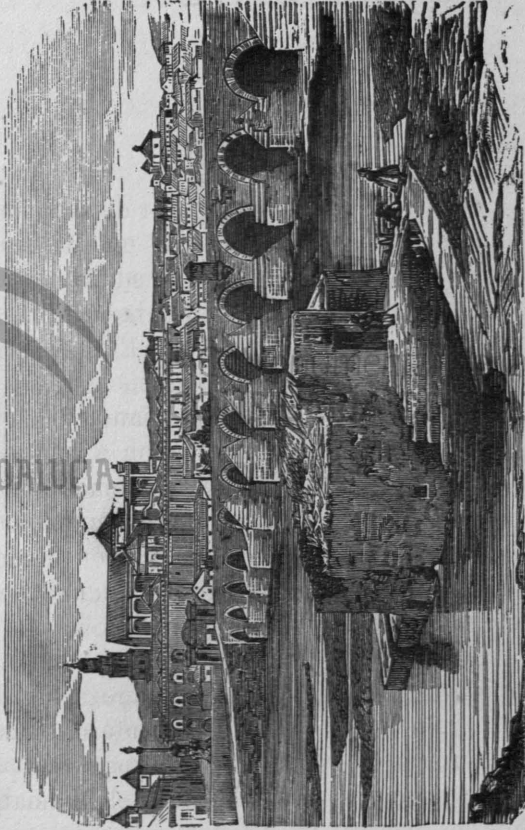
Y mientras estos dos monumentos clásicos se engalanan del lujo que tuvo su cuna en Asia y su perfeccion en España, hay en Sevilla un alcázar mutilado y otros despojos interesantes, viva imágen y reflejo del arte que manejaron los bereberes, aprendido entre nosotros, llevado cien veces y vuelto á importar en decadencia, fiel intérprete de unos

pueblos más groseros é infatigables, que imitaban sin sentimiento ó destruían por vanidad. Las obras árabes de la region sevillana son una demostracion de impotencia para perfeccionar el arte; por eso constituyen un género de constante transicion ó de instable permanencia. Lazo que no alcanzó jamás á unir los dos extremos mencionados.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA





CÓRDOBA.

Alcázar y Generalife
CÓRDOBA

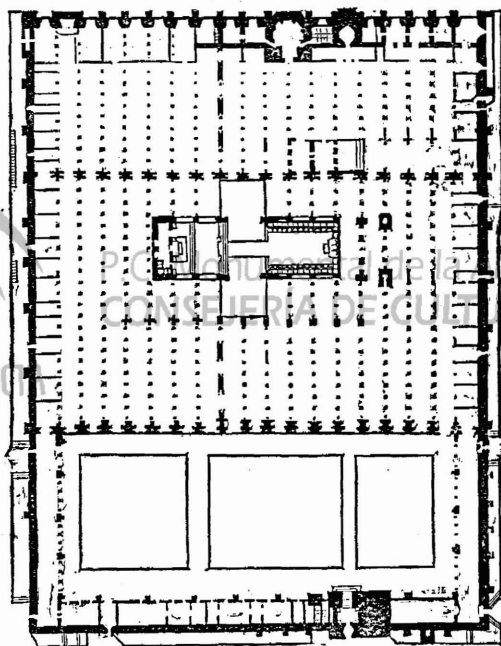
JUNTA DE ANDALUCÍA

LA GRAN MEZQUITA DE CÓRDOBA.

Se empezó á construir el año de 786 por disposicion del Kalifa Abd-el-Rhaman (1), el cual falleció un año despues de haber empezado la obra. Dícese que se edificó sobre las ruinas de un templo godo, el cual á su vez habia sido construido sobre las de otro consagrado á Jano. El pensamiento de aquel monarca fué asentar la independenciam de su pueblo, tanto religiosa como política, principiando por evitar que los creyentes hicieran la peregrinacion á la Meca, y consiguiendo así que vinieran desde las remotas tierras asiáticas en peregrinacion á la suntuosa *Djama* del poderío occidental. El año 796 estaba ya terminada por el sucesor de Abd-el-Rhaman. Debió costar, segun los cálculos hechos por los mismos árabes, unas trescientas mil doblas de oro. Fué la primera en magnificencia, segun ellos, pues otras se habian ya construido más pobres en Zaragoza y Toledo, aunque en el principio de la obra no se levantaron mas que once naves, y la Capilla del Mihrab sin los espaciosos patios que despues se añadieron en tiempo de Abd-el-Rhaman III, bajo la direccion del maestro Said-ben-Ayud, segun consta de una inscripcion que se halla en ella. En tiempo de El-Haken II se ornamentó la Quibla ó lugar de las oraciones con el mosaico de vidrio y talco; las puertas principales

(1) El que llamado por los cordobeses desembarcó en las costas de Granada, De la familia Omeya.

tueron revestidas de la ornamentacion exterior, y el arte bizantino dió en sus filigranas cierta semejanza á las de los de los ornatos griegos de hojas y flores, modificando los abigarrados adornos semibárbaros que se ven en algunos pequeños tragaluces del exterior de sus murallas (1).



Planta de la mezquita de Córdoba.

Parece cierto que en tiempos posteriores se construyeron otras ocho naves, como se observa bien al estudiar su

(1) Se dedicó á su construcción el trabajo voluntario de los musulimes, el forzado de los prisioneros, el quinto del botin de guerra, los subsidios y las conquistas en Cataluña y Narbona.

planta, las cuales, ensanchando el lado de Oriente, dejaron el Mihrab fuera del centro, y la puerta principal cerca del eje del edificio. Entónces, segun opiniones discutibles, se hizo la Capilla de los Emires, cuyo decorado, uno de los más modernos y elegantes, principia á cambiar de rumbo enriqueciendo y afinando los tallos de sus tracerías, no tanto como en el alcázar de Granada, donde son más delicadas y ménos parecidas á las concepciones del estilo bizantino, sino tomando el carácter peculiar del primer desarrollo de la civilizacion árabe española. Sin duda esta Capilla es lo más moderno del edificio; existe una inmensa distancia entre su estilo y el del santuario, de modo que supone algunos siglos de intervalo entre ambas decoraciones (1).

Cuando San Fernando entró en Córdoba, se bendijo por el obispo Mesa la mezquita, y se levantó en ella un altar provisional; hasta el año 1521 en el que otro obispo, Don Alonso Manrique, obtuvo fatalmente permiso del emperador Carlos V, á pesar de las protestas de la poblacion, para levantar en el centro la capilla gótica y algun tanto mudéjar, que hoy se ve. Dícese que tres años despues el mismo emperador se arrepintió de haber otorgado aquel permiso, y eternamente se protestará del tórpe proyecto que hizo levantar esta capilla en medio de aquel fantástico recinto, donde se siente la inspiracion del arte musulman, y se recuerdan con respeto las profundísimas saluciones que hacian en sus naves dilatadas, los apasionados descendientes de Ismael. La obra de los cristianos, por más rica y fastuosa que se presente, es siempre pálida. El viajero se embriaga á la vista del bosque interminable de columnas y arcos enlazados, que se desvanece como las formas ondulantes creadas por una imaginacion calenturienta. El más piadoso

(1) Se atribuye á la venida de los Embajadores de Miguel II (822), el principio de la influencia bizantina en la decoracion. Esta influencia existia ya como se ve en otros fragmentos,

cristiano aparta de sus ojos las imágenes más venerandas, y devora con la vista los ejemplares rarísimos de aquel arte mahometano, que se perdió para siempre, persuadido de que va á hallar todavía entre ellos las sombras de los poderosos Kalifas, que ayudaron con sus propias manos á edificar la obra de su santo imperio.

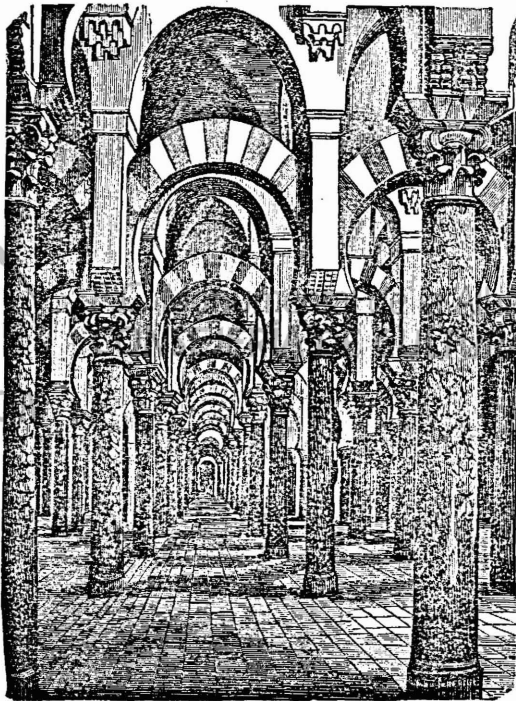
La planta cuadrada de esta *Djama* recuerda tambien las antiguas construcciones hebráicas, que sirvieron de tipo á los primeros musulimes en su celebrada Kaaba. Tiene la clásica pureza de aquellos, y nada de la influencia romana de Itálica, Mérida ó Narbona, ni vestigios del elemento visigodo que por otras partes principiaba á renacer.

En la restauracion y ensanche que experimentó este edificio un siglo despues de su fundacion, se conservó la planta primitiva, se tapiaron entradas, y se introdujeron los esbeltos tímpanos sobre rectos linteles que recordaban las artes greco-romanas. Llegaron hasta destruir el primitivo alminar para reemplazarlo con otro más bello, y á colocar en él campanas como las de las iglesias godas, para que los almuédanos llamasen á los fieles á sus *azalas*, costumbre que no siguió mucho tiempo por odio á los usos mozárabes.

La extension que ocupa es de 642 piés de Norte á Sur y 462 de Oriente á Occidente, cercada de un muro que remata en almenas, y flanqueado de torres con paramentos lisos, que se abren solo á numerosas puertas exteriores y á otras interiores que comunican con el gran patio agobiado de gruesos pilares, y de un robusto alero de repisas, semejante á los usados en Oriente desde los tiempos egipcios. Repetidos arcos ofrecen por todas partes ejemplos de las más antiguas ojivas de arranques embebidos en sus macizos cuadrados, que se apoyan sobre columnas de diversa decoracion, los cuales ostentan la esbeltez de la curvatura, y repitiéndose se cruzan en direcciones opuestas.

Innumerables columnas se enfilan en naves paralelas, cuyos fustes están coronados de capiteles corintjios de bár-

bara cinceladura, obras todas trabajadas para otros templos; solamente un número de ellos son de mano árabe, que intentó copiar aquellos con más simetría y delicadeza. Las columnas apiñadas á imitación de las mezquitas del Cairo, Damasco y Cufa, se hallan si se quiere demasiado cerca unas de otras; sus cortas dimensiones fueron superpuestas por diversos órdenes de arcos adovelados para conseguir la altura de su destruido almizate.



Interior de la mezquita de Córdoba.

Recientemente, desconchando algunas capillas y lienzos de muralla, se han hallado adornos de estuco, los cuales son en general tan groseros y bastos como los de los templos primitivos de la Arabia: Tienen el carácter pérsico, primer

paso de este arte, y se nota en ellos más particularmente la diferencia de estilo, desde la *alquibla* donde está la cúpula agallonada de quince piés de diámetro, á la estancia llamada de los Emires. En la primera el arte en su nacimiento, fajas y listas tangentes á las dovelas del arco de herradura, inscripciones sin ornamentos, minuciosos mosaicos de cristal y talco, y algunos detalles del más rudimentario bizantino. En la de los Emires renace el gusto de la imitación regularizando el ornato, distribuyéndolo con más gallardía y delicadeza, principiando á separarse del natural para hacerse más simbólico y abstracto, y adquiriendo la sencillez clásica del adorno geométrico, que más tarde constituyó el florecimiento del arte en la Alhambra.

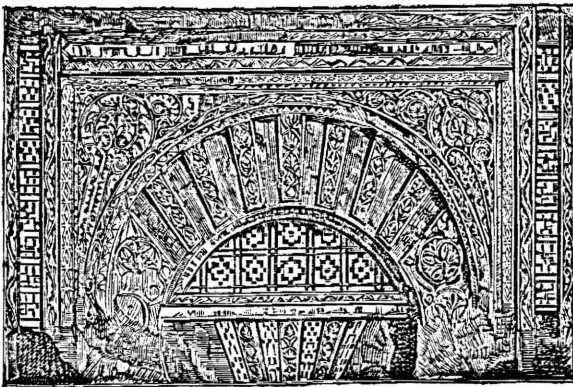
Después de la primera época, en los tiempos de Abd-el-Rhaman II, de Mohammad, de Abdallah y otros, la mezquita se embellece en pequeños detalles y alicatados, que decoran los preciosos y elevados *Mimbars*, objetos que influyen en la historia artística del templo. Hasta la demolición del primer alminar, no hay obras de importancia decorativa; y del segundo, construido por An-nasir, nada nos queda más, que el recuerdo de que su considerable altura no tenía rival en el mundo; que se emplearon trece meses en construirlo, y que era de piedra y mortero con dos escaleras dispuestas de modo, que los que subían por la una no veían á los que bajaban por la otra. Se cuenta, que tenía una balaustrada ántes de llegar á la cúpula, y que terminaba en dos bolas doradas y una platcada de tres palmos y medio de diámetro, de donde brotaban dos lirios sosteniendo una granada de oro. En el cuerpo de su elevación había catorce ventanas de dos y tres arcos, y los planos se hallaban adornados con tracerías de ladrillo rojo.

Por más fantástica que parezca toda esta obra á los autores contemporáneos (1), está fuera de duda que los mo-

(1) Especialmente en la España monumental de Parecisa, cuyo texto nos ha dado noticias, y en Casas-Dera en su descripción, etc., etc.

sáicos, piedras labradas y muchos capiteles, se trajeron de Constantinopla y de África, especialmente los esmaltados ó *sofeisafas* que se ven en la capilla principal; y que en tiempo de Al-Haken se hizo una reforma decorativa, y se aumentaron las naves, colocando columnas en el antiguo *Mikrab*, forrando de bronce las puertas, laboreando con piedras de colores el pavimento, y por fin, que el santuario se colocó de nuevo exactamente hácia la Meca.

Los gruesos muros de esta mezquita conservan hoy fábrica de todos los tiempos desde el siglo VIII, debido á sus muchas restauraciones. Contrafuertes en figura de torres adosadas, como castillo fortificado guarnecido de crestería correspondiente á diversos estilos, árabe, gótico y mudéjar, cercan por el exterior la mezquita en una altura aproximada de 9 metros 20 centímetros; y una especie de imposta cuadrada sirve de cornisa á las sencillas paredes y de asiento á las dentadas almenas. Sólo decoran estos frios murallones, las 21 puertas que citan los autores árabes, no todas existentes, las cuales son una muestra pertinente del arte más antiguo, manejado por inesperto cincel, aunque hermanado con el bizantino más grosero.



Decoraciones de las puertas.

Son dignísimas de estudio estas portadas, porque hallamos la primera aplicacion del nicho *ajimez* y de ventanas caladas con agramiles, de formas que sintetizan la aplicacion primera ó génesis del arte con arabescos sin lazo de union, ladrillos rojos y materias blancas de sencillos alicates puestos con simetría. Las enjutas, linteles y vanos ostentan raras hojarascas pérsicas, no vistas tan puras en ningun otro edificio musulman.

Cuéntase, que habia un pasadizo secreto entre el alcázar de los reyes moros y la mezquita. Este pasadizo, cuyas puertas se suponen dispuestas de modo, que cada una de ellas pudiera defenderse separadamente, se dirigia á la Mahsurah, recinto reservado é inmediato al muro de la mezquita, el cual formaba por sí sólo la habitacion del Kalifa cuando acudia á las ceremonias. Esta construccion era rectangular, y cubierta por tres bóvedas preciosamente adornadas. La estancia no se conserva, y sería uno de los lugares más encantadores de este templo, con todo el juego de decoracion oriental de la mayor pureza.

En esta elegante mezquita es donde debemos estudiar los innumerables recursos del arte árabe, que tomó crecimiento en España cuando el estilo bizantino por sí solo ornaba con sus caprichosas lacerias las formas atrevidas de los arcos cruzados de las hornacinas y de las claraboyas, combinadas en esbelta distribucion. Obsérvese el del santuario, con cuatro preciosas columnitas y sus capiteles admirablemente esculpidos; el trazado por arista de las curvas adoveladas, revelando el origen de aquella trasformacion que oriunda de Persia se modificaba en Egipto; y se levantaba en nuestra Península con rasgos positivos de su remota ascendencia. En las impostas de este arco se lee, despues de la salutacion de costumbre, «que el Pontífice príncipe de los creyentes Al-Mostanser Billar Abdall Al-Haken mandó al jefe de la cámara Giafar ben Abd-el-Rhaman añadir estas dos columnas, ect., y que esta obra se concluyó en el año 965;» de lo que se deduce, que en el an-

tiguo *Mihrab* sólo había dos, y que en la restauracion del templo se añadieron las otras.

El interior de todo el monumento se divide en 19 naves, elevadas unos 30 piés, y siete más que se alzaban para el caballete de la brillante cubierta de tejas de colores con que terminaban (1). Se cruzan á éstas, 35 naves cuya anchura varía de modo, que produce diferencias en las alturas de los arcos. Como las columnas son de desproporcionadas dimensiones, sufren los arcos y pilares muchas diversas medidas é irregularidades, que no podríamos admitir en las clásicas construcciones romanas. Los fustes tambien cortos, crearon la necesidad de superponer arcos en busca de más altura, cuyo sistema fué seguido en otras partes sin este motivo, á pesar de la opinion de Girault de Prangey. Eran las columnas 1.419, segun autores antiguos, pero hoy, difíciles de contar, esceden muy poco de 850. Su labra fué hecha sobre diversidad de jaspes, procedentes de



Capitel (primera época).

Cabra, Sierra-Morena, Loja, Cádiz, Elvira y quizá de tierras lejanas, pues procedentes de Italia hay muchos en la region andaluza, semejantes á los de esta mezquita, cuyos

(1) Segun autores árabes, traducciones del Dr. Simonet.